

PRIMERA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE,

EN LA CUAL SE TRATA

DE LA CREACION DEL MUNDO PARA VENIR POR LAS CRIATURAS AL CONOCIMIENTO
DEL CRIADOR, Y DE SUS DIVINAS PERFECCIONES.

ARGUMENTO DESTA PRIMERA PARTE.

Como haya muchos medios para venir en conocimiento del universal Criador y Señor, aquí principalmente usaremos de aquel que el Apóstol nos enseña (a), cuando dice que las cosas que no vemos de Dios, se conocen por las que vemos obradas por él en este mundo: por las cuales se conoce su eterno poder, y la alteza de su divinidad. Porque como los efectos nos declaren algo de las causas de do proceden, y todas las criaturas sean efectos y obras de Dios, ellas (cada cual en su grado) nos dan alguna noticia de su hacedor. Por lo cual seguiremos aquí esta manera de filosofar, discurrendo primero por las partes principales deste mundo, que son cielos, estrellas y elementos, y luego descenderemos á tratar en particular de las otras criaturas, rastreando por ellas la infinita sabiduría y omnipotencia del que las crió, y la bondad y providencia con que las gobierna.

Servirá este discurso (demás del conocimiento de Dios, que es propio de la doctrina del Catecismo) para darle gracias por sus beneficios, cuando consideráremos que toda esta tan gran casa y fábrica del mundo crió este soberano Señor, no solo para la provision de nuestras necesidades, sino mucho más para que por el conocimiento de las criaturas levantásemos nuestros espíritus al conocimiento y amor de nuestro Criador, mirando que toda esta tan grande casa con tanto aparato de cosas fabricó él, no para sí (pues *ab eterno* estuvo sin ella), ni para los ángeles que son espíritus puros, y no tienen necesidad de lugar corporal en que estén; y mucho ménos para los brutos (pues era esto cosa indigna de tal artífice), sino para solo el hombre. En lo cual verá cuánto este Señor lo amó y lo estimó y lo honró, pues tales palacios con tanta provision de innumerables cosas diputó para él, lo cual declaráremos en todo este proceso, mostrando claramente que todas las cosas van enderezadas al uso y provecho del hombre.

Servirá también esta doctrina para esforzar nuestra confianza. Porque considerando el hombre cuán perfectamente aquella infinita bondad provee de lo necesario á todos los animales brutos por pequeños que sean (como es la hormiga, el mosquito, la araña y otros semejantes), verá claro cuánta razon tiene para fiar de Dios, que no faltará á la más noble de sus criaturas (para cuyo servicio crió todo este mundo inferior) en lo que fuere necesario para la provision de su cuerpo y sanctificacion de su ánima.

Lo tercero sirve esta doctrina para dar á las personas espirituales materia copiosa de consideracion, mirando en las criaturas la hermosura, la sabiduría, la bondad y providencia de su criador y gobernador. En la cual consideracion pusieron los grandes filósofos la summa de la felicidad humana, como luego declaráremos.

(a) Rom. I.

PRIMERA PARTE

DE LA INTRODUCCION

DEL SIMBOLO DE LA FE.

CAPITULO PRIMERO.

Del fruto que se saca de la consideracion de las obras de naturaleza; y cómo los santos juntaron esta consideracion con la de las obras de gracia.

Todos los hombres de altos y excelentes ingenios, que menospreciados los cuidados de los bienes temporales, emplearon sus entendimientos y su vida en el estudio y conocimiento de las cosas divinas y humanas, en ninguna cosa mas se desvelaron, que en inquirir cuál fuese el fin del hombre, y su último y summo bien. Porque sin este conocimiento no se puede regir ni enderezar por convenientes pasos y caminos la vida; pues nos consta que la regla de los medios se ha de tomar del fin. Y dado caso que en esto hubo muchas y diversas opiniones, pero al cabo vinieron los mas graves filósofos á determinar, que el último y summo bien del hombre consistia en el ejercicio y uso de la mas excelente obra del hombre, que es el conocimiento y contemplacion de Dios. Y digo en el ejercicio, porque, segun dice Aristóteles, como una golondrina no hace verano, sino muchas, así una consideracion destas no hace al hombre bienaventurado, sino el ejercicio y uso dellas.

Este fué el estudio y ocupacion de algunos insignes filósofos, y así se escribe de Séneca, que para emplear en esto una parte de la vida, se salió de Roma, para poder con mayor quietud y reposo vacar á la contemplacion de las cosas divinas. Y porque en este ejercicio concuerdan los filósofos con los cristianos, parecióme enjerrir aquí la manera en que este gran filósofo se ejercitaba en este oficio. Lo cual servirá para confusion de muchos cristianos, que ni tienen ojos para saber mirar las maravillas que Dios ha obrado en este mundo, ni les pasa por pensamiento lo que este filósofo gentil siempre hacia. Pues conforme á esto, escribe él á un su amigo, que ninguna cosa mejor hace un sabio, que cuando levanta su corazon á la consideracion de las cosas divinas. Y en otra epístola escribe á él mismo, que no habiendo de ocuparse el hombre en este oficio, no habia para qué haber nacido. Porque ¿de qué servia alegrarme yo de estar puesto en el número de los vivientes? ¿Por ventura para comer y beber, y para sustentar este cuerpo deleznable y perecedero, si á cada hora no lo hinchimos de manjares, y para vivir sujeto á enfermedades, y temer la muerte, para la cual todos nascemos? Quita aparte este inestimable bien, no estimo en tanto esta vida, que por ella haya de sudar y trabajar. ¡Oh cuán baja cosa es el hom-

bre, si no se levanta sobre las cosas humanas! Cuando peleamos con nuestras pasiones, ¿que mucho hacemos? Aunque seamos vencedores en esta lucha, no hacemos mas que vencer monstruos. Escapaste de los vicios, no eres hombre de dos caras, no hablas al sabor del paladar de los otros, estás libre de avaricia, la cual niega á sí lo que quita á los otros, ni te fatiga la ambicion, la cual busca las dignidades, haciendo cosas indignas: con todo esto, no es mucho lo que has alcanzado: de muchos males te has librado, mas aun no de tí; porque la virtud que buscamos es grande y magnífica. No está la bienaventuranza del hombre en carecer de vicios; mas sirve esto para alargar el corazon, y disponerlo para el conocimiento de las cosas celestiales, y hacerlo digno de la compañía de Dios. Entónces está acabado y perfecto nuestro bien, cuando puestos todos los vicios debajo de los piés, subimos á lo alto, y llegamos á penetrar los secretos de naturaleza. Entónces huelga el hombre andando entre las estrellas, de reirse de los edificios y casas hermosas de los ricos, y de toda la tierra con todo el oro que se ha desenterrado, y del que está guardado para el avaricia de los venideros. Ni puede el ánimo menospreciar las ricas portadas, y los zaquizamíes de marfil, y las mesas de arrayan cortadas á tijera, y los caños de agua traídos á las casas de los ricos, si no hubiere cercado todo el mundo, y mirare dende lo alto la redondez de la tierra, tan estrecha, y en gran parte cubierta de agua, para que entónces diga él á sí mismo: ¿este es el punto que á fuego y á sangre se divide entre las gentes? ¡Oh cuán dignos de reir son los términos de los mortales! Punto es esto en que navegais y batallais, y ordenais reinos y provincias. En lo alto hay grandes espacios, en los cuales es admitido el ánimo; pero no el de todos, sino de aquellos que llevan consigo poco del cuerpo, y despidieron de sí toda inmundicia: los cuales desembarazados y aliviados destas cargas, y contentos con poco, se levantan á lo alto. Y cuando este tal ánimo toca las cosas soberanas, entónces se recrea y cresce, y libre de las prisiones de la carne, vuelve á su origen y principio. Y esto toma por argumento de su divinidad, ver que las cosas divinas le deleitan, y que se ocupa en ellas, no como en cosas ajenas, sino como en suyas propias. Entónces seguramente considera el nacimiento de las estrellas y el caimiento dellas, y la concordia que guardan en tan diversos movimientos y caminos, y con curiosidad examina cada cosa destas, y busca la razon della. ¿Por qué no buscará, pues

entiende que todo esto pertenece á él? Entónces menosprecia la estrechura deste mundo. Porque todo el espacio que hay dende los últimos términos de España hasta las Indias, corre un navío si le hace buen tiempo en pocos dias; mas aquella celestial region apenas anda una estrella muy hijera en espacio de treinta años. Entónces el hombre aprende lo que mucho ántes deseó, que es conocer á Dios. ¿Qué cosa es Dios? Mente y razon del universo. ¿Qué cosa es Dios? Todo lo que vemos: porque en todas las cosas vemos su sabiduría y asistencia; y desta manera confesamos su grandeza: la cual es tanta que no se puede pensar otra mayor. Y si él solo es todas las cosas, él es el que dentro y fuera sustenta esta grande obra que hizo. Pues ¿qué diferencia hay entre la naturaleza divina y la nuestra? La diferencia entre otras es, que la mejor parte de la nuestra es el ánimo; mas él todo es ánimo, todo razon, y todo entendimiento. En lo cual se ve cuán grande sea el error de aquellos locos, los cuales, con ser este mundo una obra tal que no se puede hallar otra ni mas hermosa, ni mas bien ordenada, ni mas constante y regulada, vinieron á decir que se habia hecho acaso, no mirando que ellos confiesan tener ánimo, la cual ordena y endereza sus negocios y los ajenos; y esto niegan á este universo, en el cual todas las cosas se hacen con summo concierto. Lo susodicho en substancia es de Séneca, el cual en el libro que escribió de la vida bienaventurada dice: que la misma naturaleza nos crió, no solo para obrar, sino tambien para contemplar. Y por esto dice que ella imprimió en nuestros ánimos un natural deseo de saber las cosas secretas. Por donde muchos navegan y andan peregrinando por regiones muy apartadas, por solo este interese de saber cosas escondidas. Díonos, dice él, la naturaleza un entendimiento curioso; y como ella conocia el artificio y hermosura de sus obras, quiso que fuésemos contempladores dellas: pareciéndole que perderia el fruto de sus trabajos, si cosas tan grandes, tan claras, tan sutilmente ordenadas, y tan resplandecientes, y por tantas vias hermosas, criara para la soledad. Y porque sepas que ella quiso ser no solamente mirada, sino tambien contemplada, considera el lugar en que nos puso, que fué en medio del mundo, donde nos dió vista para todas partes, para que de ahí pudiésemos ver las estrellas cuando nascen y cuando se ponen; y allende desto púsonos la cabeza en lo mas alto del cuerpo sobre un cuello flexible, para que pudiese volver el rostro á la parte que quisiese. Y de los doce signos del cielo, por donde anda el sol, nos descubrió los seis de día, y los otros seis de noche, para que con el gusto destas cosas que se ven, nos encendiese la codicia de saber las que no se ven: para que por esta via procediésemos de las cosas claras á las oscuras, y así viniésemos á hallar una cosa mas antigua que el mundo, de la cual salieron esas estrellas. De manera que nuestro pensamiento ha de romper los muros del cielo, y pasar adelante; y no contentarse con saber solamente lo que ve, sino tambien lo que no se ve. Pues como el hombre sabio entiende haber nacido para esto, no piensa que tiene sobrado el tiempo de la vida para este estudio: ántes conoce, que por avamiento que sea dél, y ninguna parte se le pierda por negligencia, que es muy breve para alcanzar tan grandes cosas; y que la vida del hombre es muy mortal para el conocimiento de las cosas inmortales.

Y el mismo filósofo en una epístola, escrita á un su amigo, muestra cuánta razon tiene de ocuparse en la con-

sideracion de las cosas naturales, para venir al conocimiento de su hacedor. Y así dice él: ¿Yo no procuraré saber cuáles sean los principios de que se hicieron todas las cosas? quién el hacedor dellas? quién el artifice deste mundo? por qué via una cosa tan grande se puso en orden y ley? quién recogió cosas tan derramadas, y apartó cosas tan confusas, y dió nueva figura á las que estaban afeadas y escondidas? de dónde proceda esta tan grande luz, si es fuego, ó otra cosa mas resplandeciente que él? ¿Pues yo no trabajaré por saber estas cosas, y entender de dónde vine yo á este mundo, y adónde tengo de ir acabada la vida, y cuál sea el lugar que está diputado para las ánimas, despues que estén libres de las leyes desta servidumbre? ¿Quieres que no me levante á las cosas del cielo, sino que viva la cabeza baja, como una bestia muda? Mayor soy, y para mayores cosas nascí, que para ser esclavo de mi cuerpo.

Por todo lo que este gran filósofo nos ha enseñado en todas estas palabras, vemos cómo por el conocimiento de las criaturas nuestro entendimiento se levanta al conocimiento del Criador, así como por el conocimiento de los efectos venimos en conocimiento de las causas de do proceden. Pues como este mundo visible sea efecto y obra de las manos de Dios, él nos da conocimiento de su hacedor: esto es, de la grandeza de quien hizo cosas tan grandes, y de la hermosura de quien formó cosas tan hermosas, y de la omnipotencia de quien las crió de nada, y de la sabiduría con que tan perfectamente las ordenó, y de la bondad con que tan magníficamente las proveyó de todo lo necesario, y de la providencia con que todo lo rige y gobierna. Este era el libro en que los grandes filósofos estudiaban, y en el estudio y contemplacion destas cosas tan altas y divinas ponian la felicidad del hombre.

§. I.

Excelencia de la ley de Cristo, y consonancia de las obras de naturaleza y gracia.

Mas los cristianos, demas destas obras de naturaleza, tenemos las de gracia: que son mas altas, y nos dan mayor conocimiento de lo que es mas glorioso en Dios: que es, de su bondad y misericordia. Y aunque las de gracia sean mas excelentes, porque tienen mas alto fin, que es la santificacion y deificacion del hombre, pero como las obras de naturaleza sean hijas del mismo padre, y efectos de la misma causa, tambien nos dan conocimiento del principio de do proceden. Esto nos declaran los cuatro postreros capítulos del libro de Job (a): en los cuales hablando Dios con este Sancto, le da conocimiento de su omnipotencia y sabiduría y providencia, representándole las maravillas de las obras que en este mundo visible tiene hechas. Para lo cual, comenzando por las partes mayores del universo, y declarando la grandeza dellas, que son cielos, tierra y mar, discurre luego por todas las otras menores: esto es, por las lluvias, nieves, heladas, vientos, truenos y relámpagos, que se engendran en la media region del aire. Despues de lo cual descende á tratar de los animales de la tierra, y de las aves del aire, de la grandeza y fortaleza de los grandes peces de la mar. Y por estas cosas en que la sabiduría y omnipotencia divina resplandescen, se da á conocer á aquel Sancto varon, enseñándole á filosofar en este gran libro de las criaturas, las cuales, cada una en su manera, predicán la gloria del artifice que las crió.

(a) Job. 38, etc.

En este libro dijo el gran Antonio que estudiaba. Porque preguntándole un filósofo, en qué libro leía, respondió el Sancto: El libro, oh filósofo, en que yo leo, es todo este mundo. En este mismo libro estudiaba también aquel divino cantor, el cual en muchos de sus Salmos crea y apasienta su espíritu con la consideración, así de las obras de naturaleza, como de gracia. Y así en aquel salmo que comienza (b): Los cielos predicán la gloria de Dios, la mitad del salmo gasta en contemplar estas obras de naturaleza, y la otra en una de las principales obras de gracia, que es la pureza y hermosura de la ley de Dios (c). Y en el salmo 135 nos pide que alabemos á Dios; porque con su entendimiento crió los cielos, y asentó la tierra sobre las aguas, y crió dos grandes lumbreras, el sol para alumbrar el día, y la luna para de noche (d). Y en el salmo 146 manda que le alabemos; porque cubre el cielo de nubes, y con ellas envía el agua lluvia sobre la tierra, y produce en los montes heno y yerba para el servicio de los hombres; y porque provee de mantenimiento á todas las bestias, y á los hijuelos de los cuervos, cuando le llaman (e). Y en el salmo que sigue, nos pide que le alabemos, porque nos da pan en abundancia, y por las nieves que nos envía de lo alto, y por las nieblas, y por los frios, y por los vientos, y por las lluvias. De manera que en todos estos salmos junta las obras de naturaleza con las de gracia; y por las unas y por las otras canta los divinos loores (f). Mas en el salmo 103 que comienza: *Benedic anima mea* (el segundo) discurre por la hermosura y fábrica y orden de todas las cosas criadas en el cielo, y en la tierra, y en la mar, y por todas ellas alaba á Dios. Y al principio dél dice, que está Dios vestido de alabanza y hermosura, significando por estas palabras, cómo todas las criaturas declaran cuán grande sea su hermosura, y cuán digno de ser alabado por ella. Mas al fin del salmo, como espantado de tantas maravillas, exclama diciendo: ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! Todas están hechas con summa sabiduría, y la tierra está llena de vuestras riquezas. Esta admiración de las obras de Dios anda siempre acompañada con una grande alegría y suavidad, la cual el mismo Profeta declaró en otro salmo diciendo (g): Alegrastes, Señor, mi ánima con las cosas que teneis hechas; y con la consideración de las obras de vuestras manos me gozaré. Esta espiritual alegría se recibe cuando el hombre mirando la hermosura de las criaturas no pára en ellas, sino sube por ellas al conocimiento de la hermosura, de la bondad y de la caridad de Dios, que tales y tantas cosas crió, no solo para el uso, sino también para la recreación del hombre. Porque así como una rica vestidura parece mas hermosa vestida en un lindo cuerpo, que mirándola fuera dél, así parecen mas hermosas las criaturas aplicándolas al fin para que fueron criadas: que es para ver en ellas á Dios; porque así como la vestidura se hizo para ornamento del cuerpo, así la criatura para conocer por ella al Criador. Y por esto no solo con mayor fruto, sino también con mayor gusto miran las personas espirituales estas cosas criadas, como son cielos, sol, luna, estrellas, campos, rios, fuentes, flores y arboledas, y otras semejantes.

§. II.

Del fin á que se deben ordenar estas especulaciones.

Y aunque Aristóteles no era persona espiritual, no

(b) Psal. 148. (c) Psal. 153. (d) Psal. 146. (e) Psal. 147. (f) Psal. 103. (g) Psal. 91.

dejó de entender el grande gusto y suavidad que habia en esta manera de filosofar, subiendo por la escalera de las criaturas á la contemplación de la sabiduría y hermosura del Hacedor. Y así dice él en el libro de sus Eticas, que son muy grandes los deleites que se gozan en la obra de la Sapiencia, que es en el ejercicio desta contemplación. Por lo cual me maravillo mucho así de Plinio, como de tantos hombres que se dan á su lición, los cuales ningun otro fruto sacan de tantas maravillas, como este autor escribe, sino solo cebar el apetito natural de la curiosidad que los hombres tienen de saber cosas extraordinarias y admirables (que sería mejor mortificarlo que cebarlo), pudiendo á un solo lance llegar por este medio al conocimiento de aquella infinita bondad y sabiduría del obrador de tantas maravillas: en lo cual hallarian, no solo muy grande fruto, sino también muy grande deleite, que es lo que los hombres comunmente buscan. Deste linaje de filósofos dice el Apóstol (h) que habiendo conocido á Dios por las obras de naturaleza, no lo honraron como á Dios; porque contentos con entender el artificio de las cosas que veían, no pasaron adelante á ver y honrar el autor que las hiciera.

Por tanto, el cristiano sírvase de las criaturas como de unos espejos para ver en ellas la gloria de su hacedor; pues (como ya dijimos) para esto fueron ellas criadas (i). Y por esto, cuando aquí, ó fuera de aquí, leyere tantas maneras de habilidades como el Criador dió á todos los animales para mantenerse, y para curarse, y para defenderse, y para criar sus hijos, no pare en solo esto; sino suba por aquí al conocimiento del Hacedor, y de ahí descienda á sí mismo. Lo cual brevemente nos enseñó el Apóstol cuando dijo: ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes (k)? Bien conocia el Apóstol las habilidades que Dios habia dado así á este animal como á todos los demas, para las cosas sobredichas; mas enseñado por el Espíritu Sancto entendia que no paraba Dios allí, sino que tiraba principalmente al hombre, para cuyo servicio fueron ellos criados. Porque por este medio pretendia mostrarle la grandeza de su bondad, la cual tan copiosamente provee á sus criaturas de todo lo que es necesario para su conservación; y la alteza de su sabiduría, que tantas y tan admirables habilidades para esto inventó; y la grandeza de su omnipotencia, pues todo lo que quiso y inventó, con sola su palabra perfectísimamente acabó; y junto con esto su perfectísima providencia, la cual comprende y incluye estas tres altísimas perfecciones divinas en sí. Mas esto ¿para qué fin? Para que considerando esto los hombres, amasen aquella infinita bondad, y se maravillasen de aquella tan grande sabiduría, y obedeciesen y reverenciasen aquella surama omnipotencia, y pusiesen la esperanza del remedio de todas sus necesidades en aquella perfectísima providencia (l). Porque á esto nos provoca él cuando nos propone el ejemplo de las aves, que sin sembrar, ni coger, ni guardar, son por su eterno Padre mantenidas.

Y cuanto las cosas son mas viles y despreciadas, tanto mas eficazmente esfuerzan nuestra confianza. Porque quien considerare las extrañas habilidades que el Criador dió á una hormiga para mantenerse (de las cuales (m) adelante trataremos), ¿cómo no avivará con este

(h) Rom. 1. (i) Supra in Prologo. (k) 1. Cor. 9. (l) Matth. 6. (m) Infr. cap. 48. §. 1.

ejemplo su esperanza? ¿Cómo no dirá de todo corazón: Señor, si tantas habilidades distes á este animalillo para mantenerse (que de ninguna cosa sirve en este mundo, sino de robar los trabajos del labrador), qué cuidado tendréis del hombre que criastes á vuestra imagen y semejanza, y hecistes capaz de vuestra gloria, y redemistes con la sangre de vuestro Hijo, si él no hiciere por donde desmerezca vuestro favor y amparo? No sé qué corazón haya tan flaco, que no se esfuerce y cobre ánimo con este ejemplo. Pues á este blanco tiran todas estas providencias y maravillas del Criador: el cual en todas sus obras tiene por fin, gloria suya, y provecho del hombre.

De esta manera consideraban los sanctos estas obras de Dios; porque como tenían ojos para saber mirar sus obras, así en ellas lo hallaban, alababan y reconocían. Y á este propósito declara Sant Augustin aquel verso del salmo veinte y seis (n), donde el Profeta dice: Anduve rodeando y mirando las obras de Dios, y ofrecí en su tabernáculo sacrificio de alabanza, ó de jubilación, como lee este sancto, sobre lo cual dice él así: si anduvo tu ánimo rodeando este mundo, y mirando las obras de Dios, hallarás que todas ellas con el artificio maravilloso con que son fabricadas, están diciendo: Dios me hizo. Todo lo que te deleita en el arte, predica el alabanza del artífice. ¿Ves los cielos? mira cuán grande sea esta obra de Dios. ¿Ves la tierra, y en ella tanta diversidad de simientes, tanta variedad de plantas, tanta muchedumbre de animales? Rodea cuantas cosas hay desde el cielo hasta la tierra, y verás que todas cantan y predicán á su criador; porque todas las especies de las criaturas voces son que cantan sus alabanzas. Mas ¿quién explicará todo lo que se ve en ellas? ¿Quién alabará dignamente el cielo, y la tierra, y la mar, y todo lo que en ellos hay? Mas estas son cosas visibles. ¿Quién dignamente alabará los ángeles, los tronos, las dominaciones, los principados y potestades? ¿Quién dignamente alabará esto que dentro de nosotros vive, que mueve los miembros del cuerpo, que tantas cosas conoce por los sentidos, que de tantas se acuerda con la memoria, que tantas cosas alcanza con el entendimiento? Pues si tan bajas quedan las palabras humanas para alabar las criaturas, ¿cuánto mas lo quedarán para alabar al Criador? Pues luego, ¿qué resta aquí, sino que desfalleciendo las palabras, y rodeando con el Profeta por todas las criaturas, ofrezcamos en su templo sacrificio de jubilación? Hasta aquí son palabras de Sant Augustin.

Por las cuales y por todo lo demas que hasta aquí habemos dicho, se podrá entender el fruto que se saca de la consideración de las criaturas, así para el conocimiento, como para el amor y reverencia del Criador. Por lo cual muchos de los sanctos se dieron mucho á este género de contemplación: entre los cuales Sant Ambrosio y Sant Basilio, ambos pontífices sanctísimos, doctísimos y elocuentísimos, enamorados de la hermosura y sabiduría de Dios que resplandecía en las criaturas, escribió cada uno su *Exameron*, que quiere decir, la obra de los seis dias, en que Dios crió todas las cosas. Y comenzando por los cielos, descendieron á tratar de todas las cosas, hasta la mas pequeña, mostrando en ellas el artificio y sabiduría con que fueron criadas, y la bondad y providencia con que son mantenidas y gobernadas. Despues de los cuales Teodo-

(n) August. t. viii, ad vers. 6.

reto, también autor griego, no ménos docto y elocuente, trató buena parte deste argumento en los sermones que escribió de la divina Providencia: de los cuales tomé los mejores bocados que hallé para presentar en este convite espiritual al piadoso lector. Y porque esto lea con mayor devoción, quise poner al principio la meditación siguiente.

CAPITULO II.

Síguese una devota meditación, en la cual se declara que aunque Dios sea incomprehensible, todavía se conoce algo dél por la consideración de las obras de sus manos, que son sus criaturas.

¡Oh altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes, y Señor de los señores! ¡Oh eterna sabiduría del Padre que, asentada sobre los serafines, penetrais con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, Señor, tan sabio, tan poderoso, tan piadoso, tan grande amador de todo lo que criastes, y mucho mas del hombre que redemistes, al cual hecistes señor de todo, inclinad agora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oídos, para oír los clamores deste pobre y vilísimo pecador.

Señor Dios mio, ninguna cosa mas desea mi ánima que amaros; porque ninguna cosa hay á vos mas debida, ni á mí mas necesaria que este amor. Criásteisme para que os amase, pusistes mi bienaventuranza en este amor, mandásteisme que os amase, enseñásteisme que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad, y finalmente todos los bienes. Porque este amor es un breve summario, en que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el cielo. Enseñásteisme también, Salvador mio, que no os podia amar, si no os conocia. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura, amamos á nuestros padres y bienhechores, amamos á nuestros amigos, y á aquellos con quien tenemos semejanza, y finalmente toda bondad y perfección es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone para que dél nazca el amor. Pues ¿quién me dará que yo así os conozca y entienda, como en vos solo están todas las razones y causas de amor? ¿Quién mas bueno que vos? ¿Quién mas hermoso? ¿Quién mas perfecto? ¿Quién mas padre, y mas amigo, y mas largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de nuestras ánimas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad, sino vos?

Pues ¿qué haré, Dios mio, para alcanzar este conocimiento? ¿Cómo os conoceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan flacos, siendo vos una luz inaccesible? Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar (a). ¿Quién me dará alas como de paloma, para que pueda volar á vos (b)? Pues ¿qué hará quien no puede vivir sin amaros, y no puede amaros sin conoceros, pues tan alto sois de conocer? Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran á nuestras ánimas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito, no podeis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imagen que tan alta cosa represente: pues ¿cómo os conoceré? ¡Oh altísima substancia, oh nobilísima esencia, oh incomprehensible majestad! ¿quién os conocerá? Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus

(a) Psal. 82, 91. (b) Psalm. 51.

naturalezas y virtudes, porque todas las criaturas en número, peso y medida, y les hicistes sus rayas, y señalastes los límites de su jurisdicción. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se extiende su virtud; mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo, y comprenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdicción. Mas vos, Señor, sois infinito, no hay cerco que os comprenda, no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra substancia, porque no los tenéis. Sois sobre todo género, y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza criada; porque así como no reconocéis superior, así no tenéis jurisdicción determinada. A todo el mundo que criastes en tanta grandeza, puede dar vuelta por el mar Oceano un hombre mortal; porque aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos, gran mar Oceano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duración, infinito en la virtud, y supremo en la jurisdicción. Ni vuestro ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo. Sois ante todo tiempo, y mandáis en el mundo y fuera del mundo (c); porque llamais las cosas que no son, como á las que son.

Pues siendo como sois tan grande, ¿quién os conocerá? ¿quién conocerá la alteza de vuestra naturaleza, pues no puede conocer la bajeza de la suya? Esta misma ánima, con que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conocer la manera de su esencia, por ser ella hecha á vuestra imagen y semejanza. Siendo pues tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar á conocer aquella soberana y incomprendible substancia?

Mas con todo esto, Salvador mio, no puedo ni debo desistir desta empresa, aunque sea tan alta, porque no puedo, ni quiero vivir sin este conocimiento, que es principio de vuestro amor. Ciego soy y muy corto de vista para conocer; mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber á vos, no hay otro descanso sino en vos, no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura, aunque sea por el viril de vuestras criaturas.

Y aunque sea poquito lo que de vos conoceremos, pero mucho mas vale conocer un poquito de las cosas altísimas, aunque sea con oscuridad, que mucho de las bajas, aunque sea con mucha claridad. Si no os conociéremos todo, conoceremos todo lo que pudiéremos, y amarémos todo lo que conociéremos; y con esto solo quedará nuestra ánima contenta; pues el pajarico queda contento con lo que lleva en el pico, aunque no pueda agotar toda el agua de la fuente.

Cuanto mas, Señor, que vuestra gracia ayudará á nuestra flaqueza; y si os comenzáremos á amar un poco, darnos heis por este amor pequeño otro mas grande con mayor conocimiento de vuestra gloria: así como nos lo tenéis prometido por vuestro Evangelista, diciendo (d): Si alguno me amare, mi Padre lo amará, y yo también lo amaré y me descubriré á él, que es, darle un mas perfecto conocimiento, para que así crezca mas en ese amor.

Ayúdanos también para esto la sancta fe católica, y las Escrituras sagradas, en las cuales tuvistes, Señor, por bien daros á conocer, y revelarnos las maravillas de vues-

(c) Rom. 4. (d) Ioan 14.

tra grandeza; porque este tan alto conocimiento causase en nuestra voluntad amor y reverencia de vuestro sancto nombre. Ayúdanos también la universidad de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os habemos de amar. Ca en la perfección de ellas resplandesce vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas, el amor que nos tenéis. Y así, por todas partes nos incitan á que os amemos, así por lo que vos sois en vos, como por lo que sois para nosotros. ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusistes delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto que así como en el cielo vos seréis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo, para que conozcamos á vos. Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes; para que en él estudiásemos todos, y conociésemos quien vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas deste mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas y iluminadas, que declaran bien el primor y la sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas sino predicadoras de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadoras de su gloria, despertadoras de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condenadoras de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así á pedazos, cada una por su parte, nos declarase algo de ellas. Desta manera las criaturas hermosas predicaban vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, las bien ordenadas y proveídas vuestra maravillosa providencia. ¡Oh testificado con tantos y tan fieles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de Paris, ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predicaban la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es; y el que con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego es; y el que vistas todas estas cosas no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su criador, loco es. Parece, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? Pues ¿cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿Cómo no os alabamos y predicamos? ¿Cómo no tenemos corazón entendido para conocer al maestro por sus obras, ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras, ni orejas abiertas para oír lo que nos dice por ellas? Hiere

nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas, deleita nuestros entendimientos el artificio y hermosura de ellas, y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado mas arriba, para ver allí al hacedor de aquella hermosura y al dador de aquel deleite.

Somos como los niños que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas, y jugando con ellas, y no leen lo que dicen, ni tienen cuenta con lo que significan. Así nosotros, muy mas añados que los niños, habiéndonos puesto vos delante este tan maravilloso libro de todo el universo, para que por las criaturas dél, como por unas letras vivas leyésemos y conociésemos la excelencia del Criador que tales cosas hizo, y el amor que nos tiene quien para nosotros las hizo; y nosotros como niños no hacemos mas que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas. ¡Oh pervertidores de las obras divinas! ¡Oh niños y mas que niños en los sentidos! ¡Oh prevaricadores y trastornadores de todos los propósitos y consejos de Dios! Ay de aquellos, dice Sant Agustín (e), que se deleitan, Señor, en mirar vuestras señales, y se olvidan de mirar lo que por ellas les queréis señalar y enseñar, que es el conocimiento de su Criador.

Pues no permitais vos; clementísimo Salvador, tal ingratitud y ceguera por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea, abrid mi boca para que yo os alabe, despertad mi corazón para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo; porque no caiga en la culpa de ingrato y desconocido. Porque contra los tales se escribe en el libro de la Sabiduría (f), que el día del juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sentido. Porque justo es que las mismas criaturas que fueron dadas para nuestro servicio, vengan á ser nuestro castigo, pues no quisimos conocer á Dios por ellas, ni tomar su aviso (g). Vos, Señor, que sois camino, verdad y vida, guiadme en este camino con vuestra providencia, enseñad mi entendimiento con vuestra verdad, y dad vida á mi ánima con vuestro amor. Gran jornada es subir por las criaturas al Criador, y gran negocio es saber mirar las obras de tan gran maestro, y entender el artificio con que están hechas, y conocer por ellas el consejo y sabiduría del Hacedor. Quien no sabe notar el artificio de un pequeño dibujo hecho por mano de algun grande oficial, ¿cómo sabrá notar el artificio de una tan grande pintura, como es todo este mundo visible?

A todos, Señor, nos acaece cuando nos ponemos á considerar las maravillas desta obra, como á un rústico aldeano que entra de nuevo en alguna grande ciudad, ó en alguna casa real que tiene muchos y diversos aposentos, y embebecido en mirar la hermosura del edificio, olvidase de la puerta por do entró, y viene á perderse en medio de la casa, y ni sabe por dónde ir, ni por dónde volverse, si no hay quien lo adiestre y encamine. Pues ¿qué son, Señor, todas las ciudades y todos los palacios reales sino unos nidos de golondrinas, si los comparamos con esta casa real que vos criastes? Pues si en aquel tan pequeño agujero se pierde una criatura de razón, ¿qué hará en casa de tanta variedad y grandeza de cosas? ¿Cómo nadará en un tan profundo piélago de maravillas

(e) In Conf. lib. 4, et in Psal. 26, et in Ev. Ioan. Tract. 8, cap. 2, et Tract. 24, cap. 6, et Solil. cap. 54. (f) Sap. 5. (g) Ioan. 14.

quien se ahoga en tan pequeño arroyuelo? Pues guiadme vos, Señor, en esta jornada, guiad á este rústico aldeano por la mano, y mostradle con el dedo de vuestro espíritu las maravillas y misterios de vuestras obras, para que en ellas adore y reconozca vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra bondad, vuestra providencia, para que así os bendiga y alabe, y glorifique en los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO III.

De los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar por lumbré natural que hay Dios.

La primera cosa que entre los artículos de la fe se nos propone para creer, es que hay Dios: conviene á saber, que hay en este universo un príncipe, un primer movedor, una primera verdad y bondad, y una primera causa de que penden todas las otras causas, y ella no pende de nadie. Este es el fundamento de nuestra fe, y la primera cosa que se ha de creer. Y así dice el Apóstol (a), que el que se quiere llegar á Dios, ha de creer que hay en este mundo Dios. Y es tan manifiesta en lumbré natural esta verdad, que se alcanza por evidente demostración, como la alcanzaron muchos filósofos, y la alcanzan hoy día todos los sabios, conociendo por los efectos que en este mundo ven, la primera causa de do proceden, que es Dios. Por lo cual dice Sancto Tomas (b), que los sabios no tienen fe deste primer artículo, porque tienen evidencia dél; la cual no se compadecce con la oscuridad que está anexa á la fe. Mas los ignorantes que no alcanzan esta razón, y creen esto porque Dios lo reveló, y la Iglesia lo propone para creer, tienen fe deste artículo.

Mas veamos agora los fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad: lo cual servirá para abrazar con mayor alegría lo que testifica nuestra fe. Porque cuando se casa la fe con la razón, y la razón con la fe, contextando la una con la otra, cáusase en el ánima un nobilísimo conocimiento de Dios, que es firme, cierto y evidente: donde la fe nos esfuerza con su firmeza, y la razón alegra con su claridad. La fe enseña á Dios encubierto con el velo de su grandeza; mas la razón clara quita un poco de ese velo, para que se vea su hermosura. La fe nos enseña lo que debemos creer, y la razón hace que con alegría lo creamos. Estas dos lumbreras juntas deshacen todas las nieblas, serenán las consciencias, quietan los entendimientos, quitan las dudas, remontan los nublados, allanan los caminos, y hácenos abrazar dulcemente esta soberana verdad. Para la cual tenemos dos maestros, uno de las sanctas Escrituras, y otro de las criaturas: los cuales ambos nos ayudan grandemente para el conocimiento de nuestro criador. Por esto tocarémos aquí algunos de los motivos y fundamentos que los filósofos tuvieron para alcanzar esta verdad. Y digo algunos, porque solamente tocarémos aquellos que son mas claros, y mas acomodados á la capacidad del pueblo; dejando los otros mas sutiles para las escuelas de los teólogos.

Parecerá á alguno ser excusado tratar esta materia entre cristianos, pues todos tienen fe deste artículo. Así es, mas con todo eso habemos visto y vemos cada día hombres tan desafortados, tan desalmados y tan tirannos, que aunque con el entendimiento confiesen que hay Dios, con sus obras lo niegan; porque ninguna cosa ménos ha-

(a) Hebr. 11. (b) S. Thom. 1. p. q. 2. art. 2. ad. 1.